

*Agresividad y Cooperación: Una Revaloración
del Darwinismo y su Proyección
Histórico-Social*

*Por Sergio BAGU. Colaboración
especial para la Revista Mexicana
de Sociología.*

LA tesis de la evolución de las especies —con sus conceptos fundamentales de la lucha por la vida, la supervivencia del más apto y la selección natural— inspiró toda la cultura occidental de la segunda mitad del siglo xix y siguió constituyendo una piedra angular del pensamiento en el siglo xx. Darwin la desarrolló en su obra *El origen de las especies*, cuya primera edición vio la luz en 1859, aunque, como ocurre con muchas concepciones geniales, en su elaboración previa participaron diversos autores a lo largo de varios decenios. Es, en rigor, el fruto de muchos estudios y vastos y complejos procesos históricos.

Se admite generalmente como fuente inmediata de inspiración de la obra magna de Darwin el clásico *Ensayo sobre la Población* de Thomas Robert Malthus, publicado en 1798. El aumento de la población más rápido que el aumento del caudal alimenticio y la acción de los tres únicos factores históricos que intervienen para postergar el estallido de la grave crisis de sobre población —el hambre, las enfermedades y la guerra—, dieron a la obra de Malthus, a la vez que una fuerte dosis de tragedia griega, una tonalidad de combate por el derecho a seguir existiendo que no podía dejar de ser percibido por el siglo del maquinismo, de la expansión imperial y del positivismo. Darwin partió de esta tesis de Malthus —formulación fantasmagórica de una realidad fragmentariamente percibida—, para elaborar la suya, más severa en el orden biológico, más respetable en el terreno histórico.

Fue así como se gestó la idea inicial en Carlos Darwin, es decir, es esa su historia subjetiva. Pero el principio que él tomó de Malthus y desarrolló genialmente, tiene otra historia objetiva. El sentido de la evolución y de la lucha estaba ya inspirando espíritus más claros que el de Malthus y obras mucho más serias que la suya, por lo menos desde el siglo xviii.

Gordon Childe¹ opina que los contemporáneos de Darwin que se movieron bajo su misma inspiración fueron a recoger sus principios básicos en los teóricos de la economía liberal clásica, para quienes existía un orden natural en la producción y distribución de los bienes, que va estableciendo un equilibrio saludable y espontáneo en todo el mecanismo económico. A su vez, los economistas posteriores —continúa el mencionado historiador inglés—, al ver su propia teoría aderezada con ropaje zoológico y usada por naturalistas, la reimportaron en la historia humana como algo investido con toda la autoridad de una tesis científica comprobada.

Es muy probable que esta hipótesis de Childe se ajuste a la realidad. En la obra clásica de Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, publicada en 1776, existe un vigoroso germen del concepto de la selección natural y la supervivencia del más apto, que ochenta años después se transformaría en instrumento tan fecundo en manos del naturalista inglés y en concepto obsesivo en las de muchos de sus continuadores. Podemos nosotros ampliar este rastreo en materia de historia de las ideas recordando que el concepto de la lucha por la vida ya empezaba a desempeñar una función revolucionaria en el terreno historiográfico y en la teoría económica cuando apareció la obra de Darwin. Marx y Engels, en efecto, hacen girar su nueva concepción del proceso histórico sobre la lucha de clases (y cabe recordar que su “Manifiesto Comunista” fue redactado en 1948), lucha de clases que es el capítulo histórico-social de la lucha por la existencia, como lo observaron muchos biólogos e investigadores posteriores, que trataron de ubicar el proceso estudiado por Marx y Engels dentro del marco más amplio de la naturaleza y de lo biológico.²

Darwin constituye así, una especie de cruce de caminos, de suma de varios conceptos decisivos que palpitan en la cultura del siglo y que,

¹ *History*. Cobbett Press. London, 1947. p. 55.

² En la Argentina, Juan V. Justo, en *Teoría y Práctica de la Historia* y José Ingenieros en *Simulación en la Lucha por la Vida*, *Sociología Argentina*, *Principios de Psicología*, y otros trabajos.

así como habían llegado hasta él por rutas diferentes, volvieron a recobrar autonomía y tuvieron destinos muy diversos después que él los sintetizó y utilizó. Las ideas viven, única y exclusivamente, en el caldo de cultivo de lo histórico y van modificando sus tonalidades, su sentido y su eficacia, a medida que se alteran los elementos que integran su caldo de cultivo.

Podríamos así, forzando la cronología, formular el cuadro del destino de los conceptos integrantes de la concepción darwiniana, partiendo de Darwin y no de sus antecesores. Darwin es, en efecto, y con justísimo título, el héroe epónimo, en materia bioantropológica, de la cultura evolucionista de los siglos xviii y xix y principios del xx. Si no su punto de partida sí, inevitablemente, su punto de referencia.

Algunos de los principios básicos del darwinismo cayeron como siemiente propicia en el húmedo surco de la política internacional y del desarrollo industrial de la segunda mitad del siglo xix. De ese encuentro surgieron, como resultado, teorías construidas como subproducto de un proceso económico y político, con la finalidad exclusiva de ofrecer una explicación aceptable de éste, como lo ha observado con toda claridad recientemente un ilustre genetista.³

Siguiendo el mismo método acronológico. Marx y Engels podrían asimismo explicarse como ramas del gran árbol darwiniano, a pesar de ser contemporáneos del naturalista inglés y de haberle precedido en el orden de las ideas. El destino político de la concepción de la lucha de clases como motor de la historia fue, sin embargo, totalmente opuesto al otro que hemos mencionado. La idea de la lucha, de la evolución, vivió y se desarrolló, en una atmósfera intelectual completamente diferente, aunque el proceso se operó a lo largo de los mismos decenios.

Hemos mencionado dos casos profundamente enraizados en lo político, pero las ramas de ese vigoroso árbol que, por afán de síntesis y con calculado riesgo, hemos preferido individualizar con el nombre de darwinismo, se extendieron también por todos los horizontes de lo humano hasta nuestros días.

En el orden de la investigación científica, pareció que nada iba a quedar fuera de la idea de la evolución, de la lucha por la existencia y la supervivencia del más apto, porque ofrecía una explicación inmanente —aunque no la única, como pudo comprenderse decenios más tarde—, de procesos otrora explicados por causas extracientíficas. El

Theodosius Dobzhansky. *The biological basis of human freedom*. Columbia University Press. New York, 1956. p. 59.

programa redactado por T. Huxley en 1888, bajo el título “La Lucha por la existencia”, ha sido considerado como la culminación de este triunfo absoluto del principio.

En materia económica, quizá nada haya ocurrido fuera de su órbita. No en vano ha sido ese mismo su origen lejano. El formidable impulso del capitalismo —con su conquista de tierras vírgenes, su vertiginosa construcción de nuevos mundos, su lucha cruel entre poseedores y desposeídos, entre empresarios vencedores y empresarios vencidos— sólo podía ser justificado por teóricos que creyeran a pie juntillas en el progreso, en la selección natural, en la lucha por la existencia como ley cuasi divina, y en el triunfo del más apto como undécimo mandamiento. En los países donde más dudas se encuentran acerca de esta constelación de principios es donde menos categórico resultó el triunfo del capitalismo, donde más firmes se mantuvieron las viejas raíces precapitalistas y feudales.

En la teoría política nacional e internacional y en la cultura del siglo XIX penetraron los principios darwinianos de la lucha por la vida, la supervivencia del más apto y la selección natural por la vía de sus manifestaciones extremas. Pero no sólo Darwin no los concibió en esa forma, sino que también dejó en sus páginas sentado otro principio que se orienta en dirección contraria, aunque complementaria.

“A medida que el hombre alcance un estado superior de civilización y que las pequeñas tribus se asocien en colectividades mayores —explica en *El Origen de las Especies*— bastará la razón para que cada individuo comprenda cómo sus instituciones sociales y su buena voluntad deben extenderse a todos los miembros de la nación aun a los desconocidos. Una vez logrado este objetivo, sólo una barrera artificial podrá impedir que sus simpatías se extiendan a todas las naciones y a todas las razas”.

Lo que Darwin esboza, aunque no enuncia claramente en este pasaje, es un principio de solidaridad, al que sin duda, él atribuye vasta proyección histórica.

Marx y Engels, teóricos de la lucha de clases y organizadores del proletariado europeo, son también los que otorgan a la conciencia de clase un valor práctico inmediato de primera magnitud, como instrumento de unidad de los trabajadores y de acción social conjunta. Sin la estrecha y activa solidaridad de los integrantes de la clase obrera —en alianza temporal con otros grupos y clases sociales— no hay, para los fundadores del socialismo moderno, posibilidad alguna de triunfo efectivo y, por ende, de progreso histórico. Más aún, en las obras

dedicadas por ellos a temas estrictamente históricos, las clases y grupos sociales aparecen permanentemente en conflicto y en alianza entre sí, según las circunstancias. Palpita pues, en la médula del pensamiento marxista, este principio de solidaridad que alcanza su expresión más universal cuando Marx predice que con el advenimiento de la sociedad sin clases —es decir, sin conflictos de clase— se habrá cerrado la prehistoria de la humanidad.

Henry George, cuya obra clásica, *Progreso y miseria*, vio la luz en 1879, llegó a enunciar su esquemática ley del progreso partiendo, precisamente, del principio de la cooperación. La ley del progreso consistía para él en la asociación dentro de la igualdad.

“Los hombres tienden a progresar —explica en el capítulo III del libro X— a medida que se acercan unos a otros y, mediante la cooperación recíproca, aumentan el poder mental que pueden dedicar al mejoramiento”.

No fue esa, sin embargo, la tonalidad que predominó en la cultura de la época. Al manifiesto de Huxley, ya citado, contestó Pedro Kropotkin con una serie de artículos publicados en volumen en 1902 bajo el título *La Ayuda Mutua, factor de evolución*, sin que los biólogos, los naturalistas y los sociólogos se sintieran conmovidos por su argumentación.

Era una idea que caía en un medio histórico poco apto para su desarrollo y difusión. Omnipresente, sin duda, en la experiencia diaria, no se transformaba en teoría con la coherencia y el vigor suficientes como para conquistar, por lo menos, la misma amplitud de aceptación que habían alcanzado las postulaciones extremistas de los continuadores de Darwin.

Ha sido en los últimos lustros —la segunda postguerra de este siglo aproximadamente— cuando la idea se ha desarrollado en el terreno biológico y antropológico. Algunos biólogos han intentado darle una formulación general, sosteniendo que la probabilidad de supervivencia en los humanos y en todos los seres vivos aumenta en proporción con la capacidad que tengan de adaptarse armoniosamente entre sí y con respecto al medio. El planteamiento más sistemático parece ser, hasta ahora, el hecho por el profesor M. F. Ashley Montagu, jefe del Departamento de Antropología de la Universidad de Rutgers, en Estados Unidos de América, en su obra *The direction of human development. Biological and social bases*, aparecida en 1955.⁴

Montagu observa que, en el estado actual de los conocimientos, la competencia, en el sentido de lucha entre organismos no puede ya considerarse como el factor principal en la evolución. Por el contrario, en la selección natural tienen más probabilidades de éxito las formas cooperativas que las no cooperativas de la lucha por la supervivencia.

La agresividad, explica Montagu, existe en la naturaleza en muchas formas diferentes, pero también existe una saludable competencia no violenta y vigorosos impulsos hacia una conducta social y cooperativa. De todas estas fuerzas, que actúan simultáneamente, el principio de la cooperación es el dominante y, en el orden biológico, el de mayor importancia. Es probable que el hombre deba más, en la evolución biológica y social, a la aplicación de este principio que a cualquier otro.

La aptitud —condición clave de la escuela darwiniana extrema— es para Montagu una función del grupo en conjunto más que de los individuos considerados aisladamente.

Theodosius Dobzhansky, uno de los grandes genetistas contemporáneos, elabora este concepto en una obra reciente, que tiene interés particular para los historiadores y los investigadores de lo social —*The Biological Basis of Human Freedom*⁵— y llega a la conclusión de que el concepto fundamental de la aptitud en la lucha por la supervivencia debe plantearse hoy en un terreno completamente distinto. En la concepción clásica, el más apto es el conquistador vigoroso e implacable que, en la lucha incesante por la existencia, se impone en daño de otras criaturas. En la concepción moderna, el más apto es aquel cuya prole es más numerosa.

En esta teoría moderna de la selección natural, poco queda de las virtudes cardinales de la agresividad y el predominio físico, veneradas por los seleccionistas del siglo anterior. Lo que decide, es la capital de adaptación, de asociación y de cooperación.

El problema que hoy preocupa a los naturalistas, los biólogos y los antropólogos, debe preocupar también a los historiadores y a los investigadores sociales. El que se pretende reevaluar es un concepto básico que aparece, explícito o implícito, en todos los planteamientos.

Nadie puede atribuirse el mérito de su descubrimiento en las disciplinas sociales a esta altura del siglo xx, como tampoco en las disciplinas de la naturaleza. La importancia de la cooperación jamás ha estado ausente de la mente de algunos pensadores en todas las épocas, y tiene

raíces muy hondas en la tabla de valores éticos y religiosos de todos los pueblos. Lo que corresponde hacer en nuestros días es un replanteamiento de la importancia relativa de ese principio, un intento por aplicarlo en el estudio de los procesos humanos, a fin de encontrar una vía que nos permita comprenderlos con más hondura que hasta ahora.

Somos los herederos de una antigua idea, de una antigua sospecha y la gran faena que nos espera es trasplantarla al terreno científico, con todo el rigor y la vastedad de miras necesarios.

Así como en las ciencias naturales, también en materia histórica y social, algunos principios que alcanzaron el cenit de su predicamento a partir de mediados del siglo XIX no pueden ser hoy admitidos como la única clave para la comprensión de vastos procesos. El principio sobre el cual descansa la concepción individualista de Adam Smith —aquello de que el equilibrio social y el progreso histórico surgen espontáneamente del choque de los intereses individuales—, debe hoy considerarse inadmisibile si se quiere dar su prístino sentido y alcance a esto, porque en ningún país, ni en ninguna época, han dejado de actuar, en el proceso económico, factores extraindividuales decisivos, como las coaliciones de capitales y el Estado. Tampoco podemos, empero, desconocer el fecundo germen de verdad que ahí se oculta, porque la economía capitalista —cuyo teórico y profeta genial fue, en la época inicial, Adam Smith— es, en efecto, el fruto de un equilibrio inestable, en permanente mutación, que surge de los conflictos de intereses y de la competencia, aunque obedeciendo a leyes que, ya en la época de Smith, no eran exactamente las que él creyó descubrir y que hoy lo son mucho menos.

La lucha de clases —utilizada por Marx y Engels como clave sustancial de la comprensión de la historia humana, aunque descubierta por otros pensadores anteriores y advertida, oscuramente casi siempre, por observadores de distintas épocas— es un concepto que bien puede considerarse incorporado, en su concepción general, a la cultura contemporánea. Lo que corresponde es rechazar el esquematismo extremista de los divulgadores, devolverle la riqueza ideológica con que aparece en las páginas de los clásicos y, a la vez, traer al campo de observación todo lo que a su lado hay de cooperación e intercomunicación.

Cuanto más nos internamos en la selva de lo histórico humano, se aferra más en nosotros la certeza de que no hay allí ninguna senda única, ninguna infalible combinación de signos para descubrir su luz y su sentido.

La historia humana tiene como sujeto al hombre, pero no como

realidad individual o subjetiva, sino como participante de la realidad social, que es extraindividual y objetiva. Si algo define a ese sujeto histórico, es su insuficiencia física y mental. Lo que él hace y conoce, lo que él puede llegar a hacer y conocer, jamás es el solo fruto de sí mismo, sino del esfuerzo colectivo acumulado a través de las épocas.

Esos dos rasgos —lo colectivo y la transmisión de lo adquirido—, lo definen como ser vivo, le completan en su incompletidad intrínseca y suministran a su historia, también, sus dos principios fundamentales. La historia humana es, en efecto, una vasta empresa de organización y de asimilación de la experiencia colectiva.

Con ser ambos principios de tanta magnitud para el hombre, debemos comenzar por reconocer que la historiografía no les ha captado hasta ahora como tales ni ha percibido su valor. Es comprensible; porque hay ciertos modos de penetrar la realidad histórica y social que sólo en nuestros días han sido descubiertos y aplicados.

Los criterios de interpretación histórica y los métodos historiográficos hijos son, al fin y al cabo, de la época y de las funciones que cumplen.

Las interpretaciones y los planteamientos individualistas en materia histórica —la supervivencia del más apto, la superioridad de las razas, el culto del genio y del héroe—, no nacen, pero sí se robustecen soberbiamente, en la edad del capitalismo industrial, pujante y arremetedor, del imperialismo moderno, de las guerras coloniales y de las invasiones armadas con objetivos de expansión económica.

En nuestros días de la energía nuclear y del conflicto de grandes sistemas universales, otra inquietud asalta al hombre. No descubre, sino que redescubre la posibilidad de la convivencia y la cooperación en un clima mucho más propicio para comprender mejor su alcance y con un estado de espíritu mucho más favorable para ampliar sus límites.

La historia humana, así concebida como vasta empresa de organización y de asimilación de la experiencia colectiva, se le aparece con toda la fuerza de la verdad que deslumbra, sin duda porque la idea encierra una posibilidad de supervivencia, y la criatura humana prefiere siempre aferrarse de una esperanza antes que naufragar en el escepticismo.